

MARXISMO: PARÁLISIS DE LA TEORÍA ESTALINISTA¹

CIPRIANO PEÑA CHIVATA²

INTRODUCCIÓN

La exégesis³ del dogma y discurso marxista-leninista nos permite hacer una revisión y análisis crítico de algunos de los hechos históricos que motivaron la parálisis o transformación de una de las vertientes de la teoría socialista estalinista denominada “socialismo real” caracterizada por la centralización forzada del poder político, el nacionalismo exacerbado, y planificación económica ideologizada, que tuvo sus efectos en los sistemas político-económicos a nivel global, dejando su máximo rezago en la dimensión política que consecuentemente se registra regionalmente, evidenciando los cambios que le permitieron mantener la influencia dentro de los diferentes escenarios dados en la modernidad.

Ante las venturas generadas dentro de lo que significó la guerra, surgen nuevos acontecimientos que desenlazan en un eventual cambio dentro del sistema internacional, otorgando un nuevo concepto a los diferentes procesos de descolonización, la globalización de la economía, y la reconstrucción de la arquitectura del sistema internacional entre otros.

-
1. Capítulo de libro vinculado al proyecto de investigación “Del Marxismo Leninismo al Marxismo Humanista: teoría y práctica”, del grupo de investigación “Masa Crítica” de la Escuela Superior de Guerra.
 2. Cipriano Peña Chivatá Cr. (R.A) Docente investigador del departamento de estrategia de la Escuela Superior de Guerra, coordinador de la línea de investigación geopolítica estrategia y seguridad hemisférica, Magister en Relaciones y Negocios Internacionales.
 3. Exegesis: interpretación crítica y completa de un texto; hermenéutica exegesis: uso y tradición, vol. I segunda parte Prolegómenos, UAEMEX pág. 385.

Por su parte, la teoría marxista – estalinista se redefine, se reestructura y es aplicada en un escenario global caracterizado por las tensiones entre los principales bloques de poder dentro del sistema, quienes generan nuevos escenarios de conflictos internos o de baja intensidad, dejando de forma sucesiva los enfrentamientos políticos y sociales presentados en el siglo XX, entre estas dos vertientes ideológicas radicalmente opuestas, y la valoración de las nuevas amenazas de carácter global regional, que incidieron fundamentalmente en la reconceptualización de las teorías y conceptos que caracterizan en su momento la estructura del Estado desde Westfalia.

En este escenario, el análisis crítico del discurso y teoría marxista – leninista da comienzo a la discusión sobre las causalidades o motivos que condujeron a la transformación y posible parálisis de la teoría y que, sin perder los preceptos de base, se evidencia la implementación de la misma teoría ajustada a los intereses del nuevo modelo del siglo XX de carácter regional y nacionalista.

La utopía (More, 1516), del modelo marxista-leninista soviético no tenía aplicabilidad a los hechos y momento histórico regional lo cual exigía una reestructuración inmediata.

Los cambios y el nacimiento de la nueva estructura del sistema internacional al término de la primera guerra, pasando de la alianza de las naciones, al sistema de las naciones, así como la transformación del concepto de Estado e intereses nacionales y la redistribución del poder global, altamente ideologizado en la lucha por la instauración del capitalismo o el socialismo como principales modelos económicos, dieron base después de largos años de debate y confrontación no solo para la ideologización de la política, sino de la imposición de los intereses nacionales especialmente de las principales potencias.

El debate entre realista e idealistas o las conclusiones en el discurso de Woodrow Wilson⁴ con relación a la paz, y garantías mutuas de independencia política e integridad territorial, en la posguerra, definieron un nuevo escenario global cargado de nuevos riesgos y amenazas por la fuerte ideologización de la política y procesos de construcción de la sociedad de las naciones y de la estructura global.

Tomando como referencia hechos concretos como los descritos anteriormente y como lo narra Alvin Toffler (1979) en su libro *La Tercera Ola* sobre los conceptos que caracterizan la cosmovisión del mundo relacionados con la tecnosfera, sociosfera e infosfera, nos indican que el mundo para la línea de tiempo previstos dentro del análisis, se encuentra para entonces navegando en la segunda ola, en la cual la solución violenta de los conflictos ideológicos son la respuesta inmediata a las diferencias y a la decisión de los líderes.

Es decir, el expansionismo de la ideología marxista; los procesos de descolonización vigentes de la época versus las primeras manifestaciones de la teoría de la contención que caracterizaron la posguerra de la Primera Guerra Mundial y que se fortalecieron en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial sumados con los hechos de la ideologización de la política como prioridad de las relaciones internacionales y de la consolidación de la estructura del Estado, más los debates de los movimientos idealista en contraste con el realismo, generaron el nacimiento de los dos principales bloques de poder global, impactando de tal forma la política global en una esfera de dimensión estratégica integral.

En contraste a esta realidad histórica, la estructura anárquica del sistema internacional, para entonces, dio tránsito al mundo bipolar y al expansionismo

4. Thomas Woodrow Wilson (1856-1924), 28º presidente de los Estados Unidos de América, vinculado al partido demócrata, presentó ante el Congreso un programa de 14 puntos para terminar la Primera Guerra Mundial y que debía inspirar los tratados de paz y el orden de la posguerra, con la creación de la Sociedad de las Naciones. El Congreso no aprobó su política ni le ratificó el Tratado de Paz de Versalles e impulsó de nuevo el aislacionismo, rechazando el ingreso en la Sociedad de Naciones que había contribuido a crear su presidente. Lo que le produjo un colapso nervioso que lo dejó inválido.

ideológico, así como a las tensiones que posteriormente dieron cabida al derrumbe de las prácticas socialistas, y al cambio de la estructura internacional, donde el mundo se enfrenta a una nueva distribución de poder no consolidada de forma organizada, que bien podría ser vista como un paso previo nuevamente a un ciclo de anarquía o al desastre en el sistema internacional (Nye, 1990).

En suma, el choque de los dos principales bloques de poder, otorga el espacio político económico y social, para que el capitalismo democratizado, demande el poder hegemónico y su influencia global (Torres, 2002), resaltando las particularidades en las actuaciones de los protagonistas políticos, que condujeron a estas circunstancias, exigiendo el análisis de los imperativos estratégicos actuales y las implicaciones del contrapeso ejercido por la recién creada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

La implementación del modelo estalinista entre los años 1924 y 1953 en la URSS desbordó en la crisis generada por este régimen totalitario, vanguardista que se apartaba de lo que denominaba el “arte burgués”, dando mayor trascendencia al proletariado y a la política, característica básica del socialismo realista, que tiene sus raíces en el neoclasicismo y la tradición realista del siglo XIX, en donde el dogma, la doctrina y la teoría tienen un mismo fin.

El mundo conoce entonces el dogmatismo radical de Stalin, su percepción y verticalismo del partido, así como su vocación militarista y violenta en la disolución de los conflictos internos y externos. La percepción dogmática e ideologizada de la teoría estalinista basada en el realismo socialista de un hombre con delirios de persecución, genera un dilema ético de desequilibrio o desviación extremista entre el teoricismo y empirismo. Los dos extremos llevaron a Stalin a subestimar el papel de la práctica y exagerar el papel de la teoría. Ambas desviaciones rompieron el vínculo estrecho entre la teoría y la

práctica dándole argumentos para decidir con cargo a la experiencia directa entorpeciendo la fusión del marxismo-leninismo con el movimiento obrero.

El problema de estas desviaciones tuvo implicaciones de política práctica en el expansionismo ideológico. La confusión dogmática y el extremo teorícista de Stalin lo llevo a invertir la relación, practica-teoría-practica y sustituirla por la relación teoría-practica-teoría, convirtiendo el poder en un fin en sí mismo.

El teorícismo conduce a la parálisis de la práctica. Desde una perspectiva política, el teorícismo de Stalin derivó en un sectarismo y un reformismo extremo violatorio a las bases de la lucha de clases. Stalin logró que el marxismo-leninismo quedara reducido a la criticidad teórica del capitalismo y del imperialismo, pero sin lograr materializarlo en una práctica revolucionaria real contra ellos que no fuera una respuesta militarista que eventualmente condujo a la carrera armamentista y a una exagerada estrategia en sus relaciones internacionales.

El expansionismo ideológico basado en la propaganda o la agitación de masas para neutralizar el capitalismo no fue suficiente y la tarea de educar políticamente a la clase obrera fue postergada y reducida a círculos muy cercanos al poder. En este contexto la teoría estalinista evolucionó hacia el sectarismo, demostrando un desprecio radical hacia los sectores más atrasados de las masas en cuanto a su conciencia y hacía de oposición incluso dentro del partido que lo llevó a la depuración violenta de la sociedad rusa.

Otro problema presentado en el análisis de la teoría estalinista está en su percepción empirista de la realidad. El conocimiento, el arte, la cultura según Stalin eran privilegios de la sociedad burguesa y en contraste con su percepción teorícista, generaba un gran debate sobre las bases de la teoría marxista-leninista

que seguramente no fueron aceptadas y aceleró su parálisis. En efecto, Stalin exageraba la importancia de su experiencia personal, frente a la experiencia global del movimiento comunista.

La aparición de fenómenos nuevos en el sistema internacional era interpretada por Stalin como una refutación abierta a los principios esenciales del marxismo-leninismo, los cuales habían sido construidos sobre la base justa de largos periodos de experiencia histórica del movimiento obrero revolucionario; así la práctica política de Stalin y criticidad teórica del capitalismo se volvió ciega. Su teoría se traduce en un practicismo estrecho, sin principios, sin valores, sin perspectiva ideológica y sin estructura de base ni de partido.

De este modo se absolutizan, los fracasos por la falta de profundidad política y se desvían Stalin del camino de la revolución y aunque ambas posturas de Stalin pueden parecer polos opuestos, entre el empirismo y el teoricismo en realidad se trata de dos fenómenos que lo alejan de la concepción marxista-leninista del mundo. Se trata de un choque entre la ideología de Lenin que hablaba que solo podía haber una ideología que había sido elaborada por las propias masas obreras en el curso mismo de su movimiento y no podía haber una ideología como la de Stalin al margen de las clases obreras ni por encima de las clases porque una tercera ideología solo favorecería a la ideología burguesa.

Esto significa entonces que la percepción teorcionista y empirista de Stalin se había enfrentado a la ideología del marxismo-leninismo aunando en espacios que favorecían la ideología burguesa del capitalismo y alejaban a los comunistas y la clase obrera de las concepciones políticamente justas.

Stalin rompió con el equilibrio basado en la “jerarquía de conocimiento” de estas dos tendencias, demostrando oportunismo y creando el debate y confusión

teórica y práctica del marxismo. Lo grave no se encuentra en esa división teórica del marxismo sino en que el partido en manos de Stalin no propuso los medios prácticos y argumentos necesarios para educar la clase obrera a nivel global, alejándose de la ideología marxista que tanto temía Lenin y que cambió la perspectiva revolucionaria y cosmovisión del socialismo a favor del capitalismo.

El vanguardismo inspirado por Stalin rápidamente mutó al conservadurismo generando estancamiento ideológico. El ímpetu revolucionario del marxismo-leninismo como fuerza vivificadora que presentaba una alternativa de cambio en contra del capitalismo democratizado, que negaba oportunidades al manilovismo revolucionario se vio altamente afectado por una fuerza sin una base real y labor constructiva seria. Se rompió la estructura entre la teoría y la práctica, entre el discurso, las palabras y el objetivo a raíz de los hechos y experiencia distorsionada de Stalin.

Cualquiera de los extremos que pregona Stalin generó un estándar de centralización y destacaba los ideales fundamentales para el desarrollo e imposición de su verticalismo en el poder, tomando estos extremos, como puntos de partida para la construcción de una economía socialista planificada y dada por los *soviets*, al mundo, encaminada a la implementación dogmática del marxismo-leninismo a través de una tercera ideología contraria a los preceptos de base y que pretendía la implementación de un nacionalismo forzado y una industrialización acelerada, imponiendo en este sentido un fuerte centralismo autocrático (Salazar, 1991).

EL MARXISMO DE MARX

Para departir acerca de la corriente marxista, es de considerar las posibles disparidades entre el concepto infundido por el propio Marx y los

discípulos de su corriente, teniendo en cuenta que estas visiones se dieron en tiempos y contextos totalmente diferentes, lo cual generó escenarios distintos. Por consiguiente, se podrá analizar la discontinuidad temporal histórica entre los dos campos (Pérez, 2000).

Inicialmente en el entorno político de Marx, los partidos políticos marxistas fueron de carácter unitario y solo coexistía el Partido Social Demócrata Alemán (PSDA), el cual ni siquiera tenía una representación mayoritariamente marxista. Esta fue una tendencia definida que caracterizó al marxismo hasta 1891, (año de la muerte de Marx). Nunca hubo presencia de los marxistas en la política europea, como tampoco en el movimiento obrero europeo; es decir, los marxistas son posteriores a Marx y es allí donde surge la paradoja y cuestión a analizar (Pérez, 2000).

Desde su muerte, surge una corriente tan potente como lo fue en sus inicios el marxismo de Marx; reflejo de ello recae en los partidos políticos alrededor del planeta, los cuales no se hicieron esperar. Cientos de estos partidos, después de veinte años, se definieron bajo los preceptos del marxismo hasta lograr constituir un sistema global bajo este lineamiento económico y político. El crecimiento marxista se dió exactamente entre los años de 1883 y 1917. Gran parte de la población anarquista se envolvió en la onda marxista de mano con los social-demócratas, dando un nuevo e impredecible rumbo al escenario político y económico del momento (Piemonte, 2014).

Estos fenómenos pueden entenderse desde las distas presentadas en la atmósfera del contexto de Marx, a través de algunas diferencias identificadas entre dos escenarios. Si bien, Marx vivió en la época industrial clásica, los marxistas vivieron la época del imperialismo —conocida también como la época de confrontación del imperialismo y el socialismo— un escenario económico y político a todas luces muy diferente (Pérez, 2000).

Así mismo, se dio lugar para que la educación de la clase obrera fuera proporcionada por los propios grupos gremiales, quienes se encontraban en crisis como un efecto del mismo ambiente de la misma esfera industrial, proponiendo una mentalidad política radical relacionada con el socialismo utópico y el anarquismo. De esta manera, la clase obrera nace educada por los mismos socialistas y anarquistas, haciendo inimaginable la radicalización de los obreros y la creación de una esperanza en cuanto a los pronósticos sugeridos tras la formación o conciencia obrera (Piemonte, 2014).

Por otro lado, los marxistas presenciaron una época en la que el salario de la clase obrera fue aumentando de forma progresiva, haciendo de las predicciones de Marx toda una serie de hechos verificables. Fue muy asertivo en sus afirmaciones en las que expresó que los “pobres son cada vez más pobres, pero no es cierto que los trabajadores industriales sean cada vez más pobres” (Soto, 2016). Además, dentro de sus aciertos también se logra incluir el adelanto dentro de sus escritos económicos argumentando que “el salario va a seguir creciendo a medida que el capitalismo se vaya expandiendo”, (Soto, 2016) así se logra una diferencia inimaginable por Marx, una divergencia entre una clase obrera con una vida estándar congruentemente acomodada y una periferia capitalista desbordada de pobreza.

Es decir, los marxistas presenciaron la diferencia entre los políticos de los obreros industriales y grupos sociales más pobres constituidos por conjuntos de actividades agrícolas e incluso desempleados de manera estructural (Ruiz, 2014).

Desde una perspectiva general, se puede deducir que de ningún modo los marxistas visibilizaron esta diferencia, convirtiendo dicho hecho en un evento de carácter político, dejando la revolución de lado como un objeto de fin obrero para darle lugar a una revolución de carácter obrero campesino, donde la fuerza

dada por el movimiento popular se aprovechó para impulsar la vida estándar del momento. Sin embargo, no se manejó para cuestionar el sistema de forma radical, creando a su vez una contradicción tal vez inimaginable por Marx sobre este escenario, permitiendo presumir que la conciencia de Marx giraba entorno hacia visiones radicalistas e inspiradas de algún modo por el romanticismo (Erice, 2005).

Retomando la época industrial clásica, se presenció el auge de la clase obrera y la competencia capitalista en una combinación socioeconómica de la cual emergen los obreros industriales. La clase social por excelencia en formación, debido a la gran expectativa frente a la evolución de conciencia social en el obrero. Los medios de evolución laboral iniciarían con el taller industrial, el cual renovó a la gran industria, dando así continuidad al adoctrinamiento de un pensamiento político radical sobre una clase obrera educada por los anarquistas y socialistas utópicos (Socialista, 2017):

La conciencia política de Marx fue claramente radicalista, inspirada por el romanticismo; el cual veía como ideal al régimen comunista. Marx proclamaba al marxismo como ciencia, la cual significaba progreso para Marx, rechazando algunas prácticas intelectuales como el arte y a su vez se mostraba apático hacia la elite. A la anterior postura se sumó el fracaso de la revolución francesa debido a que nadie se le ocurrió hacerla. [...]Esta época no conoció los ideales de la democracia, mucho menos hubo partidos de izquierda, de masas; sino pequeños partidos, característico de la Primera Internacional⁵ (Ruiz, 2014).

Paralelamente, el entorno político marxista fue dependiente cada vez más de aspectos del entorno internacional, que condicionaba el poder local; como la capacidad nuclear que marcaría el camino de las potencias de la Guerra Fría.

5. La Primera Internacional: Se fundó en Inglaterra en 1864 con delegados obreros de varios países. En esta primera Asociación Internacional de Trabajadores se discutieron los objetivos que debían plantearse los obreros. Allí se dio una fuerte discusión

La época imperialista evolucionó alimentando un proceso donde el salario real correspondiente a la clase obrera aumentó. Marx ya habría intuido que los trabajadores industriales crecerían a medida en que se expandiera el capitalismo; sin embargo, el capitalismo llegó más lejos de aquella predicción. La clase obrera se dividió entre aquellos que tenían medios para incrementar sus posibilidades de vida y entre los obreros que no tenían grandes expectativas para elevar su estándar de vida (Ruiz, 2014), siendo esta una contradicción entre quienes trabajan y quienes viven el desempleo estructural, sin estables períodos de empleo en medio de una pobreza absoluta, característico de la periferia del mundo.

La lógica política de los marxistas siguió una línea reformista que pretendía llegar a la radicalidad a través de reformas, sinónimo muchas veces de revoluciones. En medio de la hegemonía norteamericana, la propagación del socialismo se aplazó hasta eliminar la posibilidad de lograr una sociedad sin clases propia del comunismo soñado por Marx. La política de los marxistas estaba influenciada por la Revolución Bolchevique. (Socialista, 2017). En síntesis, la dictadura burguesa se realizó a través de la democracia, y a su vez era esta burguesía la que propagaba el valor de ese régimen.

Para los marxistas, la violencia es un modo o medio de acción política: cuando los marxistas van ganando la revolución, sostienen que la democracia es violenta y burguesa; no obstante cuando los marxistas van perdiendo, exigen democracia y derechos humanos (Ruiz, 2014). Fue esa una época de proliferación de partidos de izquierda; característico de un contexto donde los marxistas se deslumbraron por

entre los anarquistas liderados por Bakunin y los seguidores de Marx y Engels. Fueron estos últimos los que se quedaron con el liderazgo de la organización. Su sede pasó de Londres a Nueva York y luego se disolvió oficialmente en 1876. Los anarquistas fueron expulsados en 1872 por oponerse al centralismo marxista y realizaron un congreso en Suiza, donde decidieron la continuidad de otra internacional, la que fue conocida como la Internacional Antiautoritaria. (Las ideas Obreras 0.61 Mundo, pág. 2)

el socialismo dejando atrás la disputa de clases. Sin embargo, hasta nuestros días la fuerza de procesos de desarrollo como la industrialización, los fuertes sindicatos a nivel global y el entorno de la Guerra Fría persisten en matices de la interacción de la política actual (Socialista, 2017).

Ahora bien, los marxistas de la época actual han notado que el trabajo industrial se ha minimizado, que están inmersos en un sistema de producción en red con capacidad de producir alta diversificación y, en consecuencia, la expansión del capitalismo se ha multiplicado en pequeños escenarios que ha ampliado las brechas económicas lo cual mantiene latente la iniciativa marxista. La precariedad laboral y salarial persistente a nivel mundial, la desigualdad, los sindicatos clásicos y la privatización de la educación alimentan las posibilidades dentro de una diversidad política y social en un mundo que parece multipolar (Ruiz, 2014). Un sistema internacional con escenarios locales, que es capaz de administrar diferencias.

ENGELS Y LA SEGUNDA INTERNACIONAL

A partir de la disolución de la Primera Internacional Socialista - un escenario con revolución sin grandes masas - la Segunda Internacional muestra la extensión del movimiento socialista entre las masas. En años siguientes de la Primera Internacional se reorganizó el movimiento obrero europeo y, en este sentido; fue trascendental la construcción de partidos socialistas en los distintos países del viejo continente (Piemonte, 2014). En 1889 se cumplía un año de la gran Revolución Francesa; es una época importante la de la Segunda Internacional hasta la Primera Guerra Mundial.

Engels, por su parte, fue más pedagógico que Marx. Como educador de la corriente, dio a conocer las ideas marxistas de manera más coherente por varios medios incluyendo a través de sus escritos. Este racionalista se desarrolló

entre la historia y la naturaleza, explicando la preocupación por la transición hacia la revolución, la cual influyó en el pensamiento político de los marxistas. Sin embargo, al no materializarse la revolución, terminó por abandonar la necesidad revolucionaria. Tras esto concluye su preocupación por el socialismo (CEIBAL, s.f.). El problema deja de ser el fin de la sociedad de clases, el comunismo; para dar paso al objetivo sociopolítico de una sociedad hacia el bien común, sin importar la diferencia de clases.

Básicamente, Marx y Engels realizaron un aporte teórico para los miembros de la Internacional fundada en 1889. Sin embargo, no se consideró trascendental en el análisis de la realidad social en relación con la potencial situación revolucionaria que pudiera llevar a la clase obrera a su emancipación económica y política (Piemonte, 2014).

La interpretación sobre las naciones que pudieron brindar Marx y Engels quedó inconclusa debido a reformulaciones efectuadas por estos mismos. Sin embargo, a partir de estos primeros bocetos en torno de las naciones y las nacionalidades, estos fueron recogidos y apropiados por los socialistas que se autoproclamaron marxistas, en un nuevo intento por adaptar a la realidad social el planteamiento teórico esta vez reconsiderado desde un punto de vista más coherente (Socialista, 2017). Esto caracterizó al marxismo en la Segunda Internacional⁶, los socialistas aceptaron la postura que explicaba cómo la lucha de clases continua existiendo e intensificándose dentro del sistema capitalista de producción de una nación.

6. La segunda Internacional: En 1889 se creó en París la Segunda Internacional. Fue otro intento por formar una organización internacional de obreros. Ya no estaban ni Marx ni Bakunin. Este nuevo intento fue dirigido por los partidos socialistas y laboristas. Nuevamente los obreros debían definir cuáles serían sus principales objetivos. Esta Segunda Internacional fue mucho menos radical que la primera. La nueva propuesta ya no era la revolución socialista sino llegar al poder mediante el voto popular. También se discutió sobre la huelga general y se resolvió que no era una herramienta adecuada para lograr los objetivos del movimiento obrero.

La ambición imperialista de los países europeos y las guerras instalaron el debate dentro de la Internacional. Se discutió si los obreros debían apoyar o no a sus respectivos países. Aunque eligieron la paz y la unidad del movimiento obrero, finalmente las guerras los dividieron y cada asociación de trabajadores apoyó la causa de su país. Ese fue el fin de la Segunda Internacional

Evidentemente, Marx y Engels no dejaron una teoría clara con respecto a la nación, por ende, no existió un concepto universal o válido para interpretar sus raíces y su respectivo proceso para los socialistas de la época. Sin embargo, se acercaron y es posible encontrar en sus escritos pautas teóricas que permiten relacionar un patrón de análisis en sus interpretaciones sobre fenómenos sociales (Socialista, 2017).

Por ejemplo, en relación con la construcción de las naciones y las reconsideraciones sobre el tema de nacionalidades; según Marx se trataba de “naciones revolucionarias”, o de “naciones históricas”, para Engels, pero finalmente de “naciones contrarrevolucionarias” (Piemonte, 2014). Claramente queda expuesta en sus legados la consolidación del dominio burgués, inmerso en la expansión capitalista, base en los Estados centralizados para la proliferación de naciones organizadas políticamente donde es necesario restringir condiciones (Piemonte, 2014). Estos referentes del marxismo, daban gran importancia a la evolución de la sociedad humana.

EL MARXISMO DE LA TERCERA INTERNACIONAL

La Primera Guerra Mundial, dio fin a la Segunda Internacional como consecuencia del conflicto entre campañas al negarse dar apoyo a los nacionalismos de países en conflicto.

La mayor parte de los partidos socialistas o el grueso de su militancia asumieron en esos momentos la llamada unión sagrada con las respectivas burguesías, entrando incluso en algunos gobiernos, mientras que ciertas minorías, como los bolcheviques o como la izquierda socialdemócrata en Alemania (los que luego se llamarían espartaquistas), denunciaban este colaboracionismo y se

(Las ideas Obreras 0.61 Mundo, P. 2)

preparaban de una u otra forma para luchar contra la guerra o con la finalidad de convertirla en una revolución (Sebares, 2012, P. 31).

A pesar de que en los partidos socialdemócratas hubo ciertos grupos empeñados en mantener la tradición marxista revolucionaria, este legado finalmente fue asumido por los partidos de la Tercera Internacional y sus ámbitos de influencia e irradiación ideológica. La involución de la Unión Soviética bajo la dirección “evolutiva” y suprema de Stalin, llevó a la vivencia de fenómenos como la construcción acelerada del socialismo así como de tensiones políticas y sociales que generó un aislamiento dependiente del sistema y los efectos destructivos de la Segunda Guerra Mundial. Lo anterior junto a la evolución soviética y la creación del movimiento comunista, condicionaron de forma decisiva el desarrollo del marxismo generando un desarrollo que tuvo resultados un tanto indeseables, como el dogma (Pujals, 2016).

La dogmatización del marxismo en su proceso de cambio hacia una ideología, excluyó algunas tradiciones marxistas, como si estas fueran prohibidas. Dentro de las posturas interesantes cabe destacar las ideas de Rosa Luxemburgo o la obra de León Trotski que, si bien han mutado, se debe a la dureza de la lucha que debieron soportar los comunistas entre otras dificultades como la construcción del socialismo en la URSS, persecuciones de dictaduras fascistas y luego el aislamiento en occidente en el período de la Guerra Fría, las cuales no facilitaron precisamente el debate abierto sobre las posibilidades de renovación de la teoría (Pujals, 2016).

La consolidación del marxismo como ideología oficial de la mayoría del movimiento socialista primero y del movimiento comunista después, generó la posibilidad de reconsiderar maneras nuevas para identificar planteamientos de Marx y Engels y la idea misma de ortodoxia (Sebares, 2012).

A partir de 1924, comenzará a hablarse de leninismo o marxismo-leninismo como la plasmación histórica de la teoría marxista en los nuevos tiempos. El leninismo surgía –se afirmaba– como consecuencia de la revolución de octubre y contra el “oportunismo” de la II Internacional, y era considerado como una nueva fase del marxismo, representando “el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria”. Además de los desarrollos generales de la tradición marxista revolucionaria, el marxismo-leninismo incorporaba planteamientos aportados particularmente por Lenin o que se le atribuían de manera primordial, como el modelo de “partido-vanguardia”, su interpretación de la dictadura del proletariado o su teoría del imperialismo (Sebares, 2012, P. 36).

Sin embargo, tras la evolución social de carácter inevitable, surgen diferentes eventos que hacen de la corriente marxista un hecho fortuito a detenerse, gracias a su variante deformación filosófica y las nuevas necesidades que la misma sociedad precisa suplir.

PARÁLISIS DEL MARXISMO – LENINISMO

A pesar de tratarse de una corriente inspiradora en diversas formas y escenarios, ésta de algún modo demuestra vacíos insaciables e incomprensibles efectos de una parálisis definida por Sartre (1967):

“Después de haber transformado todas nuestras ideas, después de haber liquidado en nosotros las categorías del pensamiento burgués, nos dejaba en el aire; no satisfacía nuestra necesidad de comprender; en el terreno particular en el que estábamos colocados, no tenía nada nuevo que enseñar porque se había detenido”. (P5) (1967, p, 15)

Tras la pérdida de la eficacia del marxismo en los escenarios antropológicos y de ciencias humanas, las consecuencias empiezan a visibilizarse, haciendo

que el conocimiento del hombre se desarrolle por fuera de la atmósfera marxista. En las áreas políticas y de viradas revolucionarias surge una ruptura entre lo teórico y lo práctico, y ante un nuevo mundo contemporáneo con nuevas visiones y carestías, el marxismo es insuficiente para comprender y enfrentar la época (Sartre, 1963).

En los años 70, en un escenario político, social e intelectual cambiante con respecto a la época inmediatamente anterior en el que resaltaba el punto de desviación en torno a la reacción neoliberal o crisis económica del momento y junto con otros factores, se suman una serie de eventos que ponen de manifiesto los presagios de la crisis del socialismo real. En este lapso se inicia una conducción del fin de la misma corriente socialista europea, que aunada con el empuje alcanzado por la izquierda comunista occidental y donde los países de occidente comienzan a remitir y a perder su capacidad de influencia política y social en el que las ideas del marxismo entran también en un serio cuestionamiento (Erice, 2005).

El nuevo fenómeno intelectual incluye fenómenos tales como el renacimiento de las ideas neoliberales bajo el rótulo de un concepto distinto generando nuevos interrogantes del marxismo en cuestiones de áreas económicas y otras disciplinas en torno a lo denominado pensamiento postmoderno. Este nuevo escenario en el cual los eventos de disquisición global del mundo, en el que evidentemente se puede incluir el marxismo, van a ser más cuestionados y puestos en duda por parte de una intelectualidad cuyas últimas manifestaciones de apoyo generalizado se dieron a partir de los años 70.

Llegado este momento, se puede considerar la existencia de una involución en el ámbito intelectual, teniendo en cuenta todo lo referente a los planteamientos críticos como el sistema capitalista, las ideas marxistas y los influenciados por esta corriente (Erice, 2013).

De algún modo, la llegada de la denominada globalización a fines de los 80 y las teorías del fin de la historia pueden representar ejemplos de cambios de percepciones y nuevas necesidades sociales, que dejan consecuencias devastadoras en el desarrollo del marxismo. Todas las acciones de esparcimiento y progresión creativa de la filosofía marxista en las etapas anteriormente nombradas, logran significar un retroceso de la corriente a partir de los 70's y 80's (Erice, 2013).

EL MODELO SOCIALISTA DE STALIN Y ALGUNAS CRÍTICAS

Es durante el siglo XX donde el socialismo es un protagonista, no solamente por su papel como ideología y cemento de los partidos políticos y eventualmente sistemas de gobierno; sino también por el deceso y fragmentación en occidente. El modelo socialista de Stalin emanó en unas condiciones temporalmente diferentes a las dadas en el surgimiento de Leninismo, por ende, su proceso de evolución ante la filosofía del Lenin se convierte en un hecho a cuestionar. Para entender esto último, es pertinente traer a colación algo de contexto que aplique precisión al tema (Saldarriaga, 2014).

La clase obrera de 1917 en Rusia había conseguido unos niveles de conciencia y de lucha máximos no evidenciados antes en el mundo para ese entonces. Para 1921, esta misma clase ya había desaparecido. Es así como los obreros industriales por efecto de la guerra y ruina presente dentro del país, pierde su cauce y deja de existir como proletariado (Mockba, 1962).

El Partido Bolchevique para entonces se hallaba perdido en medio de un vacío con una urgente necesidad de llenar para poder llegar a una administración óptima del país, razón por la cual los grupos de carácter zarista empiezan a participar dentro de dicho fin y así mismo se comienza a burocratizar el partido (Mockba, 1962).

De esta forma, el empuje social conseguido por el marxismo-leninismo en Rusia añoraba una clase obrera revolucionaria activa que se había esfumado, haciendo imposible la aplicación de un marxismo puro dentro de este escenario. Sin embargo, por un tiempo se hizo posible el sustento de una moderación débil mientras la revolución internacional llegaba mostraba otro escenario. Así, el antiguo escudo bolchevique obtiene el compromiso revolucionario suficiente para mantener los ideales socialistas, aun con la presencia de transigencias de carácter práctico dentro de los escenarios políticos y económicos (Peking, 1976).

Finalmente, la revolución de carácter internacional no se dio, obligando a los bolcheviques a elegir entre la filiación a la teoría y objetivos de la revolución obrera internacional, arriesgando el poder estatal dentro del país o el aferro al poder que implica el abandono a todo principio y objetivo de la teoría. Ante tan compleja situación, era difícil visibilizar y comprender las posibilidades para actuar, segando el panorama y aceptando la segunda opción promovida por Stalin como la más acertada (Peking, 1976).

Ciertamente el estalinismo no se desglosó explícitamente del leninismo ni tampoco del marxismo. El Estalinismo necesitaba suspender la influencia del primero y ser visto como su sucesor. Para esto, se debió ejecutar algunas maniobras relacionadas entre sí. Se vio la necesidad de la transformación del marxismo-leninismo como una doctrina en constante evolución con un direccionamiento hacia la práctica revolucionaria, que al consolidarse se hiciera ver con la pretensión de una "religión estatal" (Deutscher, 1976).

El Estalinismo rigió sin respeto por algún tipo de norma, arrebatando el control de todo poder legislativo, judicial y ejecutivo, convirtiéndose de esta forma en una dictadura totalitaria, acaparando toda la industria pesada,

las tierras y las propiedades privadas, con la finalidad de fortalecer la URSS para ascenderla y convertirla en una potencia de carácter mundial, poniendo en evidencia sus particulares rasgos de represión, donde no solo las ramas del poder se veían involucradas sino también los servicios y entidades financieras (Mockba, 1962).

La crítica al modelo estalinista representa el declive del modelo marxista y con el paso del tiempo, directamente del modelo estalinista. La incapacidad de Stalin para mantenerse en confrontación real ante la consolidación del capitalismo, generó las bases para el direccionamiento de bloques fortalecidos a nivel global que le daban a la población mundial la garantía del derecho de libertad a los ciudadanos (Salazar Valiente, 1991, págs. 115 - 123).

En contraste a lo anterior, hubo vacilaciones en la conducción estratégica de la URSS, que transitarían desde los postulados de Stalin, profundamente criticados por su sucesor, Kruschev, quien siendo integrante del Partido Bolchevique desde los tiempos de Trotski y Stalin, expresó sus desacuerdos con la forma de proceder del líder de gobierno, caracterizado por prácticas atroces de exterminio y persecución (Sánchez Vázquez, págs. 15 - 17).

En las declaraciones y publicaciones, Kruschev crítica la forma autoritaria del gobierno que culminaba e identifica como de manera arbitraria se incorporó la industrialización en su país sin conocer las capacidades del mismo para poder mantenerse en la disputa por la concentración del poder, denunciando sobre todo el sentido de nacionalidad en toda la República Soviética. (González Casanova, 2002)

Por otro lado, el escenario anterior, enfrentó los primeros interrogantes a nivel internacional al final de la Guerra Fría, los cuales giraban sobre “qué modelo prevalecería acomodándose a las exigencias universales de la evolución

de la sociedad si el comunista o capitalista. Evidentemente, el capitalismo no se haría esperar. F. Fukuyama, al respecto, considera que:

“La ciencia conduce de modo necesario al capitalismo”, modelo vencedor en la Guerra Fría, que pudo sostener a la comunidad internacional y el único que pudo sobrevivir a los cambios necesarios en el sistema, que involucra el desarrollo de las sociedades con el progreso individual (García, 1992, P. 198-202).

Una analogía específica referente a lo anterior, refleja la superioridad del capitalismo que se fortalece a partir de la fusión entre las necesidades e identidad de la sociedad y las oportunidades para la calidad de vida que ofrece el modelo; postura que podría asemejarse con la teoría de Darwin: “el que mejor se acomoda a los cambios es el que sobrevive”.

Retomando las causas de la caída de la URSS, Fukuyama señala que en el método impuesto por Stalin para fortalecer su régimen prevaleció más la iconoclastia propia sobre cualquier otro interés. Las reglas impuestas frente a la sociedad, acabaron con la identidad político-social destruyendo el imaginario de nación e inevitablemente a la potencia, que terminó por depender del polo capitalista, asemejado a nacionalismos que marcarían el nuevo rumbo que tomaría el mundo. (Fukuyama, 1994)

La fragmentación del sistema estalinista aceleró la conducción hacia el capitalismo de Estado, caracterizado por las instituciones de extracción, por una concentración de los medios de producción en manos del Estado, regulación de los precios del mercado y desestructuración continuada del modo de producción socialista, al imponerse la coerción al modelo de producción colectiva, que aunados a una clase burocrática anquilosada voraz e insatisfecha conducirían a la URSS al colapso financiero (Hueso, 1992).

La victoria del capitalismo trajo consigo la expansión de la teoría global del neoliberalismo y el dogma de fe que profesan los capitalistas frente a esta realidad y supremacía global. Los bloques de poder, las corporaciones internacionales y el mismo sistema financiero internacional que fortalecen los mercados libres, tendrían capacidad de asignar mejor los recursos. La intervención estatal por sus características y estructura restrictiva es altamente revaluada y entra en choque no solo por los preceptos económicos y sociales sino por la ideologización política de sus sistemas (Girón, 2008).

El sistema internacional acude a cooperar en la periferia y entre economías afines, dando cumplimiento a premisas emitidas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Es evidente que el capitalismo a través de la arquitectura del sistema internacional, lidera a nivel global, algunas iniciativas como, por ejemplo; la austeridad fiscal, la liberación comercial, el fomento de la inversión extranjera por los países clientes, la flexibilización laboral y la independencia de la Banca Central para reducir la inflación, concretados en la desregularización de los mercados financieros, productivos y laborales (Girón, 2008), fortaleciendo no solo las organizaciones internacionales sino su capacidad e influencia ideológica en los bloques de poder y sistemas políticos en confrontación.

Sin embargo, no ha existido beneficio completo en el equilibrio de poder global. La hegemonía unipolar, los conflictos considerados de baja intensidad, la revaluación de los conceptos de Estado, la soberanía, el proceso de descolonización política – económica e ideológica, el choque de las civilizaciones y el resurgimiento de movimientos de unidad nacional a nivel global lleva nuevamente a la humanidad a evidenciar los estragos que deja la guerra. En época de aparente paz, por el desaparecimiento de las tensiones de la Guerra la Fría la reconstrucción social es difícil.

El concepto de la cooperación internacional entre las economías fuertes a economías en crisis, o países en vía de desarrollo, generan dependencia positiva que favorece al centro y no a la periferia; ayuda que no soluciona los problemas para financiar la deuda externa (Pulgar, 1995). La hegemonía del capitalismo se revaluó durante la posguerra, y en el marco de las organizaciones internacionales puso de manifiesto teorías y políticas experimentales que obviamente tienen repercusión no solo política o económica sino social y militar; en el momento en que acuden a instrumentos o estrategias de imposición como la intervención preventiva.

No hay que olvidar que estos hechos siempre han generado un amplio debate y autocritica como reacción lógica de las fuerzas socialistas altamente ideologizadas, el debate persiste al igual que la crisis frente a estas posibles fallas del nuevo orden mundial y de la necesidad de buscar el camino hacia el comunismo en medio del poder y la posición triunfalista del vencedor (Martin de la Guardia, 1998).

Dichos debates y autocriticas, han convocado inclusive a autores contemporáneos que comparten postulados en sus análisis a partir de las consecuentes caídas de regímenes comunistas o parálisis de la teoría marxista – estalinista. Entre dichos autores se encuentra Perry Anderson, quien formula una pregunta que identifica el punto de partida de las críticas: “Existe una crisis del marxismo” (Anderson, s.f.).

Ante el triunfo del capitalismo como sistema político, económico, social y militar, Sartre cuestiona y concluye que el Marxismo se había paralizado, generando una discusión en torno a encontrar el verdadero punto de inflexión en la teoría o en el modelo. En contraposición; Anderson afirmaba que el marxismo como fuente de pensamiento no está en una crisis, no es lógico llamarlo de esta

forma, porque aún hoy se tiene en cuenta esta teoría para seguir la crítica al capitalismo, y sobre todo porque en Latinoamérica, en el presente siglo se han tomado estas referencias para construir la base del llamado socialismo del siglo XXI (Anderson, s.f).

Es destacable que los postulados de la crisis del marxismo no provienen de una visión universal, pudiendo diferenciarse dos tendencias en particular: la opinión que emana de los partidos comunistas de Cuba, China, Rusia, Vietnam y que distan de reconocer dicha crisis, y la que procede de intelectuales comunistas de los países de Europa Occidental y de Latinoamérica (Martin de la Guardia, 1998), que persisten en la parálisis de la teoría del socialismo real inspirado por Stalin.

Edward Bernstein en su obra “Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia”; da espacio a un dilema entre las predicciones de Marx y el vanguardismo ortodoxo de Stalin. Bernstein cree que las predicciones del marxismo son erróneas ya que, entre otras cosas, los obreros ya viven mejor, el capitalismo está más fuerte, hay legislación social, la burguesía actual no es la que criticaba Marx y Engels; de hecho, está mucho más fragmentada al haber grandes y pequeñas burguesías junto con nuevas clases medias y espacios sociales donde el sufragio universal es la gran arma del proletariado.

Sin embargo, si se generó el desarrollo de fuerzas productivas algo, que predijo Marx con la diferencia de que el status de los obreros en el capitalismo, junto al poder les permitió ejercer presión para nacionalizar industrias, lograr cambios sociales; sin ser el camino de la revolución el ideal, sino más bien un cambio gradual; a razón de la necesidad de participación que pretendían lograr, siguiendo la ideología socialista, reflejo del obrero y la conciencia social, que iba más allá de la producción, el capital y la tierra (Díaz, 2012).

El vanguardismo inspirado por Stalin se sumaría al debate del Socialismo Ortodoxo al producir en la militancia el pensamiento de que toda solución provendría de la dirigencia y del dogma. Lo primero que hay que tener en cuenta es la naturaleza totalitaria insistente en la idea de proponer una nueva organización estética de la sociedad, con sus anexos obligados de buscar la aniquilación despiadada del pasado.

El “realismo socialista” no fue una regresión sino la culminación del proyecto vanguardista, una fase de lo que podemos denominar “arte totalitario soviético”. El viraje hacia el “realismo socialista” no se dio sólo en Rusia sino también en Alemania, Latinoamérica y también otros lugares, siendo parte de un fenómeno cultural más amplio. En la época de Stalin se logró realmente materializar el sueño de la vanguardia y organizar toda la vida de la sociedad en formas artísticas únicas, aunque desde luego, no en aquellas que le parecían deseables a la propia vanguardia.

La utopía del socialismo real de Stalin y su concepción vanguardista presentaba muchos choques y fragmentación no solo con la concepción ortodoxa del marxismo sino con la realidad y progreso de la sociedad capitalista y la democratización de los sistemas políticos. El “hombre de hierro”; encabezando la vanguardia rusa y el paradigma social utópico, trataba de neutralizar el progreso científico-técnico que había irrumpido en el siglo XIX y la inmanencia ortodoxa del marxismo. Este fenómeno, profundamente discutido y criticado, sería calificado por Darío Machado como el “Síndrome de Olimpo”(Rodríguez, 2012).

Los evidentes resultados del ejercicio de autocrítica y reflexión conducirán a la necesaria relectura del marxismo como teoría pero no a su desaparición, con base al análisis de las circunstancias concretas del momento histórico, y permitirán ubicar nuevas teorías y avance conceptual del socialismo contemporáneo y de la filosofía de la praxis.

En el Nuevo Orden Mundial⁷, donde fenómenos políticos, sociales y económicos han dado un giro inesperado a diversas realidades, el capitalismo ha tambaleado por factores como la sobrepoblación, inquietudes ambientales, pobreza, entre otros factores importantes para armonizar la estabilidad de una población que demográficamente es dueña y libre de ocupar un territorio en el mundo, pero se transforma y actualiza asumiendo nuevos roles y responsabilidades.

Este es un escenario global que se reconstruye a partir de la postura de Marx junto a la teoría objetiva que, a pesar de las críticas, es la base del debate del Nuevo Orden Mundial para evaluar si estamos frente a un espacio posindustrial o la nueva división de clases sociales.

Marx explicaba esta lucha de clases a partir del escenario capitalista de las industrias y el auge de la tecnología; que creció de manera tal que frente a esta evolución de recurso de mano de obra; el obrero se vio involucrado, al punto de entrar a competir comparándose como recurso de producción junto a las maquinas.

Siguiendo a David Ricardo, Marx explicaba la teoría del valor del trabajo desde la “plusvalía”⁸. La aproximación de Marx a la economía es trascendental para comprender un tanto porque el sistema que pretende expandirse o reproducirse a escala, como es el capitalismo que pretende acumular (Santarcángelo & Borroni, 2012).

7. Según Kissinger, el fin de la Guerra Fría había originado una tentación aún mayor de remodelar el entorno internacional a imagen y semejanza de la democracia capitalista (1996).

8. Excedente, Para Marx, el excedente puede ser definido como la parte del producto social que, habiendo sido generada de manera directa por la clase trabajadora, excede lo que ésta necesita para reproducirse y es apropiada por la clase capitalista. Para su definición, Marx divide el tiempo de trabajo en “tiempo de trabajo retribuido” (o trabajo necesario) y “tiempo de

La plusvalía le permite a los dueños de los medios de producción y “sociedades de clases”⁹, apropiarse del excedente entendido como el sistema de trabajo asalariado; lo que para Marx sería explotación en el capitalismo, debido al no pago del excedente (Dueñas, 2007).

Desde luego, la teoría subjetiva aborda una temática, posterior a la época clásica, temática la cual fue criticada en la anterior postura, y donde no se habla sobre el valor de un bien producido. Teniendo en cuenta el fenómeno de consumo del capitalismo, este es explicado desde los consumidores la libertad económica. Es la búsqueda por el máximo placer, bienestar y comodidad de quienes consumen o adquieren (dependiendo si es productor o consumidor) algún bien (o factor de producción) que le brinde la máxima utilidad o beneficio posible¹⁰ (Santarcángelo & Borroni, 2012).

Hermann Heinrich Gossen, explica, que gastaría su ingreso de otra forma, luego su utilidad total se incrementaría al reacomodar su patrón de consumo (consumiendo así unidades adicionales) para lograr finalmente el equilibrio. Esto lleva a identificar el valor de una mercancía con su utilidad marginal. La satisfacción entonces pone en el limbo una decisión de comprar o no (Dueñas, 2007).

Estos procesos son casi naturales, procesos que evidentemente caracterizan a la globalización de la economía. Este es un trascendental fenómeno que ha reorganizado en un proceso constante el poderío estatal, de forma que las decisiones políticas internas y externas tomadas desde la diplomacia comercial de cada país los lleva a analizar estrategias para que el sistema local no se

trabajo no retribuido” (o trabajo excedente), siendo la plusvalía el tiempo de trabajo no retribuido que el asalariado deja en manos del capitalista (Santarcángelo & Borroni, 2012, pág. 4).

9. Sociedad Capitalista. Toda sociedad capaz de desarrollarse debe ser capaz de generar un producto social excedente. Cuando un conjunto de personas se apropia del excedente creado por otro grupo mediante algún mecanismo específico, esas sociedades se denominan sociedades de clases. (Santarcángelo & Borroni, 2012, pág. 4)

10. ... pero que a medida que consume más cantidades de dicho bien cada vez menor será la utilidad que éste le proporcione

derrumbe. Lo anterior requiere ayuda, por ejemplo, de tratados comerciales alianzas y libertad económica restringida que armonice los niveles de vida sociales para dar equilibrio internacional.

Finalmente, la división de clases persiste en los países en desarrollo por diversas condiciones del entorno e históricas que terminan por afectar el desarrollo social, económico y político en cada caso, de manera particular. Sin embargo, no significa que el socialismo permanezca estable en estos sistemas pero tampoco significa el fin de la teoría, debido principalmente a que desde la periferia se ha alimentado el imaginario social de lo que podría ser el cambio.

Siguiendo a Marcuse, el humanismo revolucionario determina el ser-hombre como una autonomía sobre la base de la atención de sus necesidades materiales. Esa autonomía convierte al hombre en individuo quien, más allá del reino del trabajo social indispensable, conciencia y determina sus propias potencialidades y necesidades y vive para su satisfacción (Díaz, 2012), razón por la cual es imposible evitar visualizarse o vivir inmerso en pequeños espacios del mundo capitalista; sin dejar atrás una conciencia crítica en constante análisis del entorno. Un raciocinio social natural que lleva a adoptar pequeñas posturas socialistas radicales dentro de su entorno productivo del “podría ser”.

Ante la necesidad de proponer un diagnóstico o un debate de la situación del marxismo a fines del siglo XX, este no resultaría con un carácter o tendencia positiva, ya que existe una crítica discursiva e ideológica argumentada por la parálisis de una teoría. También es cierto que hay nuevas manifestaciones de carácter regional de la ideología de base, que demuestran que hay un desfase en el desarrollo teórico marxista, tomando como referencia el momento histórico, la transformación del sistema internacional, el nacimiento de nuevos actores y organizaciones que tienen la capacidad e influencia para desestabilizar el sistema internacional y por ende la estructura de los Estados. Adicionalmente,

hay nuevas amenazas, riesgos y problemas que han originado una eventual reconfiguración de las clases obreras y de su organización política; nuevas formas de los sistemas políticos y formas económicas o de participación social, que sería necesario abordar.

Es evidente el estancamiento y la crisis de la teoría marxista – estalinista, y la prioridad en los intereses geoestratégicos pasaron de la economía a la ideología y de esta al escenario de confrontación en la mente del hombre, en donde el Estado y la arquitectura del sistema internacional están siendo revaluados y el florecimiento en la disputa por la autonomía la dignidad y el prestigio le da fuerza a nuevas ideologías y fenómenos demostrados y degradados por el terrorismo en una dinámica y cambio constante tal y como se manifiesta en una ofensiva de la derecha que igualmente reconfigura una situación de crisis del marxismo del siglo XX e inicios del socialismo del siglo XXI (Erice, 2005).